

***San Manuel Bueno, mártir*, Miguel de Unamuno**

5b) Comente los aspectos más relevantes del siglo XX anterior a 1939 que haya leído en relación con su contexto histórico y literario.

San Manuel Bueno, mártir es una novela escrita por Miguel de Unamuno en 1930 y publicada por vez primera en 1931, y en una segunda edición en 1933, junto a otras dos novelas más con las que, según el propio autor, tiene en común presentar *el pavoroso problema de la personalidad, si uno es lo que es y seguirá siendo lo que es*.

La obra, narrada por uno de los tres personajes, Ángela Carballino, cuenta la historia de Don Manuel, párroco de Valverde Lucerna, que está atormentado por la angustia de la perduración, por su querer creer y no poder en la vida perdurable; es decir, en la inmortalidad. Esta secreta angustia, que cuida de no desvelársela a su pueblo “*para que se crea inmortal y así pueda vivir*”, se la confiesa a los otros dos personajes, a Ángela y a su hermano Lázaro, que acaba de regresar de América con sus ideas positivistas de modernidad y progreso.

Esta novela se enmarca dentro de la literatura realizada por los escritores de la llamada generación del 98 y presenta algunos de los rasgos que han caracterizado a este grupo de escritores finiseculares, como por ejemplo su preocupación por los pueblos de España, por sus paisajes, símbolo de lo esencial y permanente de la sociedad española, de lo eterno, de lo que Unamuno denominó *intrahistoria*: los hechos de la vida cotidiana de las gentes anónimas, sencillas, aquellos hechos que jamás quedarán consignados en los libros de Historia, libros que recogen únicamente sucesos eventuales y pasajeros, coyunturales y efímeros.

A Unamuno le interesa destacar lo perdurable y una vez más lo deja claro en la construcción de sus personajes, pues como él mismo dice en el Prólogo a la novela “*no interesan los rasgos físicos, sino lo espiritual, no son personajes, son almas*”.

Enlazándolo con el rasgo anterior podemos mencionar que este libro presenta otra de las características de la generación del 98, una visión pesimista de la existencia del ser humano. Unamuno nos muestra en esta novela una tragedia filosófica que recoge la preocupación universal y eterna del género humano: qué hay después de la vida, si existe o no la inmortalidad. Don Manuel no cree en lo que predica, duda de lo que le cuenta a su pueblo, pero debe hacer que su pueblo crea. Y esta es su verdadera tragedia. Dice Don Manuel: “*...el pueblo tiene necesidad de ser engañado, de tener mitos, ilusiones, de creer en algo...*”.

En cuanto a la forma podemos destacar que la novela nos presenta una acción atemporal marcada por un impreciso *ahora* en boca de Ángela, narrador testigo y a la vez partícipe de la acción, y en un uso continuo y monótono del pretérito imperfecto, propio de las descripciones del pasado que se remansan en el tiempo, que lo detienen, para resaltar aún más la idea de lo perdurable, de lo eterno.

Hay que destacar también un uso del lenguaje muy concreto, con palabras que Unamuno ha recuperado de la tradición y del casticismo, una sintaxis corta y precisa, pero que proporciona una visión impresionista de lo contado. Y por último, la utilización abundante del diálogo como vehículo de transmisión de ideas y expresión de dramas internos de los personajes.

Me ha resultado llamativo uno de los últimos episodios en el que Lázaro, conversando con su hermana, dice que Don Manuel le curó de su *progresismo*, porque según él hay dos clases de hombres peligrosos y nocivos: los que convencidos de la resurrección de la carne atormentan a los demás para que, despreciando esta vida, se ganen la otra; y los que no creyendo más que en ésta, como él y Don Manuel, esperan no sé qué sociedad futura y se esfuerzan en negarle al pueblo el consuelo de creer en otra vida.